

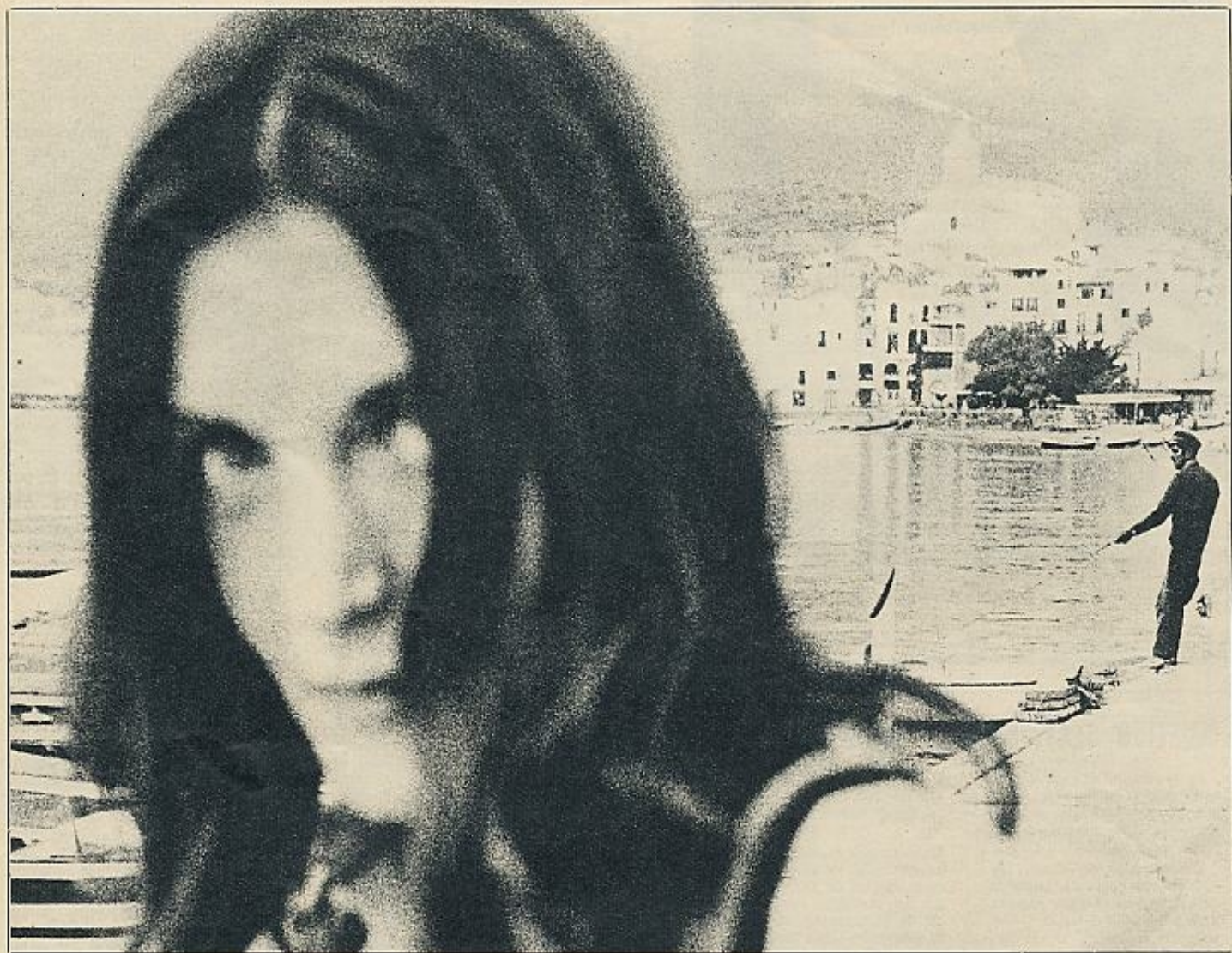
Viaje a los M

IR a Teruel desde Barcelona, donde me encontraba cuando emprendí mi viaje a los Montes Universales, es toda una aventura, salvo, naturalmente, que se vaya en coche. Hay que ir a Sagunto o bien a Zaragoza y nadie, en las oficinas de orientación turística, sabe informarle a uno de si existen líneas de autobuses que hagan esa ruta. Nosotros —me acompañaba en el viaje un hermanillo mío estudiante de Filosofía— optamos por ir a Zaragoza pensando que, si no podíamos tomar el tren de Teruel, nos quedaríamos aquella noche en la capital y aprovecharíamos la ocasión para ir al Plata, que es un café-cantante único en Europa en su género, y al Oasis, teatrillo de variedades un poco al estilo de El Molino, de Barcelona. Zaragoza siempre ofrece algo y, en último extremo, se sube uno al «Cupulín» del Pilar —a mí la palabra «Cupulín» me enloquece— y mira las vistas, que son muy bonitas. A todo esto, íbamos en el «expres» un poco aburridos y con bastante calor cuando, para matar el rato, empezamos a charlar con una chica que iba, como nosotros, en la plataforma, pues teníamos lo que se llama «billete sin asiento» y el tren iba a rebosar de gente: que si la Renfe, que si esto es un abuso, que si a mí lo que me gusta de Madrid es el ambiente, que si los catalanes, cuando son amigos, son amigos; en fin, esas cosas que se suelen hablar en los trenes. La chica tenía una hermana casada en Barcelona. El lector que haya viajado un poco por España sabe muy bien que casi todas las chicas que se encuentra uno en los trenes tienen una hermana casada en uno de los extremos del trayecto. Es una constante de nuestra sociología ferroviaria. Bueno, pues esta chica trabajaba, además, en Barcelona, aparte de tener allí una hermana casada, y llevaba consigo una garrafa, porque, como iba a pasar unos días en casa de sus padres en un pueblo, no sé qué pueblo dijo, del Bajo Aragón, pues aprovechaba el viaje para traérsela llena de vino a su vuelta. Dice que aquel vino le gustaba mucho a su cuñado, que era catalán, muy buena persona. Nos contó su caso con lo de la Renfe y es que, encima de no haberle dado plaza, le habían cobrado doble porque ella iba a Cas-

pe y parece ser que para Caspe sólo despachan billete con asiento, y como no había billetes con asiento, pues claro, pagar doble. Nosotros habíamos pagado sencillo hasta Zaragoza, ya que, como el trayecto es más largo, dan billetes sin asiento. Pero hacía tanto calor y la plataforma iba tan llena de gente que surgió en nosotros ese sentimiento de solidaridad que a menudo nos une a los compañeros de viaje en los trenes españoles. Nos lamentamos de tener que ir hasta Zaragoza a tomar el tren de Teruel, y dice ella: ¿Y a Zaragoza van para ir a Teruel? —Pues claro, ¡qué vamos a hacer! —¡Huy!, pero si desde Caspe sale un autobús que va para abajo, yo no sé si llega a Teruel, ¿verdad?, pero va hasta Alcañiz y desde Alcañiz salen ustedes para Teruel. Había allí un señor que dijo que antes, no hace mucho tiempo, hacía aquel viaje tres veces por semana y que siempre tomaba el coche de línea de Alcañiz a Teruel. Estupendo, dijimos nosotros, y nos bajamos en Caspe. No nos dio tiempo de ver la ciudad porque, a los pocos minutos, salía el coche de Alcañiz. Durante el viaje, la chica nos contó muchas cosas. Su padre era tratante de ganado y su hermano, que era algo mayor que ella, se ganaba muy bien la vida y tenía coche. Dijo que su pueblo era muy bonito y que podía uno bañarse en el río; ella se bañaba en bikini, aunque su madre refunfuñaba. Era muy simpática, se llamaba Rosi, pero tuvimos que separarnos de ella en Alcañiz. Tomamos billetes para el coche de Montalbán, porque el de Teruel no salía hasta la mañana siguiente, y de esta manera nos acercábamos a nuestro destino. Rosi nos dijo que, nada, resulta que ahora no tengo coche para mí pueblo, o sea, que ya ha salido. Mecachis, dije yo. No, no importa, voy a telefonar a mi hermano y que me venga a buscar en el coche, para eso es mi hermano. Y si no viene en el coche, que venga en la moto, porque, además del coche, tiene una moto. ¡Sí, tiene de todo, está como quiere! Lo sentimos mucho, dijimos nosotros, pero nos vamos a Montalbán, adiós. Adiós, adiós, encantada, dijo ella, y nos montamos en el coche de Montalbán. Pasamos por Calanda, Alcorisa y otros pueblos y la gente se fue bajando hasta que nos quedamos casi solos en el autocar. Empezamos a hablar con el cobrador, el cual nos contó que él era de Alcañiz, pero que había ido hacía unos años a Montalbán a trabajar en las minas de carbón y, lo que son las cosas, se casó con una moza de Montalbán y se quedó allí; luego se empleó en las líneas del

Bajo Aragón y allí estaba, haciendo cuatro viajes diarios. El paisaje era muy árido, de montes muy pelados, aunque se estaba trabajando bastante en la repoblación forestal. De pronto, el conductor paró el coche en medio del campo, en un lugar donde no había nada. Ahora verán ustedes, dijo el cobrador. Nos bajamos y dice, vengan conmigo, verán qué maravilla. A un lado de la carretera había una fuente que no habíamos visto desde el coche. Ponga la mano aquí, verá qué fría sale. Pusimos la mano en la fuente y salió muy fría. Es media vida, dijo satisfecho el cobrador. Le advierto que han venido por aquí señores de Madrid y de Barcelona y han dicho que ya quisieran ellos tener en su ciudad una cosa así. Bebimos en la fuente y nos volvimos a montar en el autocar. Es media vida, repitió el cobrador cuando el coche arrancó. Al poco tiempo llegamos a Montalbán y tomamos habitaciones en una fonda de la carretera. Luego fuimos a dar una vuelta por el pueblo. ¡Qué bonitos son los pueblos aragoneses! Bonitos, hombre... hay que saber comprender esa belleza. Resecos, quemados por el sol y enquistados entre peñascos de color parduzco, siempre con su torre mudéjar de ladrillo rojo que parece que vaya a derrumbarse. Y luego, a la orilla del poblado, una pequeña vega regada por un río que baja casi seco en verano, entre álamos y chopos. Montalbán es así, pero no se crea que se trate, como suele decirse, de un pueblucho. Tiene alguna importancia, porque se ha convertido en el centro de la región carbonífera de Utrillas y viven allí los ingenieros y empleados de la compañía y también muchos mineros. El carbón de las minas de Utrillas, por lo que nos dijeron, era antes un negocio ruinoso y apenas lo consumían los vecinos de los pueblos circundantes; pero desde que construyeron, a unos kilómetros de allí, la central térmica, parece que es rentable explotar las minas y trabajan a plena producción. Con esta mejora y los cambios que allí se han producido, Montalbán daría tema para escribir un libro, un libro sociológico de los que ahora se escriben, o bien una novela (¡que no saliera una novela de la berza!). El pueblo es muy interesante, tiene unos cuatro mil habitantes. Hay agricultores que cultivan el trigo en secano y las pequeñas huertas de las márgenes del río, hay empleados de las oficinas y mineros que todas las mañanas salen en autobuses para Utrillas. Y luego están los señores, que son, no sé, los ingenieros y los altos empleados de las minas, o bien los foras-

teros que veranean en unos cuantos chalets construidos al borde de la carretera. Fuimos a la piscina, una piscina reglamentaria, donde nos estuvimos bañando, y en el bar de la piscina había familias de estas tan típicas de la clase media española, con mentalidad, no sé si se comprenderá bien lo que quiero decir, de vermú con aceitunas rellenas: la madre, con un traje blanco a topos, el padre con sahariana y las niñas con los novios, haciendo goma, como suele decirse. Al caer la tarde nos sentamos en el Bar Frontón, en una especie de patio abierto que da a la carretera y en el centro del cual hay un cerezo. Tomamos una cerveza con olivas, como dicen los aragoneses, y una ración de cecina que, según nos informó el camarero, es lo que más se trabaja por allí en plan de tapas. En una mesa había un grupo de muchachos con un poquito de melena, no mucho, allí nadie se atreve a ir con melena de verdad, y unas chicas alemanas a las que ellos trataban de enseñar a jugar al tute. Dos de los muchachos chapurreaban el alemán, y supusimos que eran emigrantes del pueblo que venían de Alemania con las chicas a pasar unos días. Se reían mucho cuando alguna de ellas, con ayuda de su vecino, conseguía cantar las cuarenta. Por la carretera, anochece ya sobre Montalbán, se veía a la gente en su paseo diario. Pasaban grupos de muchachas de jersey colorado, algunas de ellas con el hermanito en brazos. Hablaban unas con otras muy de prisa y moviendo las manos de esa forma tan graciosa que ya no se ve en las capitales. Cenamos en la fonda, en un comedor pintado de verde que tenía las paredes adornadas con ramilletes de flores de plástico. La habitación de dormir que nos habían dado tenía dos camas, una de ellas enorme, negra, con colcha morada, y una consola con espejo. Las paredes estaban pintadas de bermellón y de una de ellas colgaba un cuadro con una estampa del Sagrado Corazón de Jesús, de estas que te miran siempre, te pongas donde te pongas, con una expresión a la vez dulce y atribulada. Dormimos muy bien y hacía las seis y media ya estábamos tomando café con leche condensada en un bochinche que está frente a la fonda, y esperando el coche de Teruel. La ciudad de Teruel es muy bonita. Su plaza central, la Plaza del Torico, es una de las más graciosas de España, con sus soportales a ambos lados y la deliciosa estatuilla del toro. Hay una leyenda, según la cual, cuando los cristianos pusieron cerco a la ciudad musulmana, los árabes sitiados sol-



mocionar distintos establecimientos de la Costa Brava: La Arboleda, Maddox, Revolution... Hace unos meses trajo a Reggiani a Barcelona, este verano a Moustaki, a Charles Aznavour, a Johnny Hallyday, a distintos grupos electrosónicos de anglosajonia..., y todo sin descuidar la promoción de su «cuadra» de cantantes y conjuntos: Barbat, Música Dispersa, Máquina...

Durante toda la temporada de verano, Gades baila en La Arboleda, también bajo el alto patrocinio de Regás. Los turistas se llevan una sorpresa ante el baile de Gades, tan poco convencional, tan poco castañuelo, e incluso cuando Gades prescinde del baile «español» y regala esa extraña síntesis del baile moderno (en el sentido que pueda tener este adjetivo ligado a la escuela norteamericana) y de simple expresio-

nismo plástico, no me atreveré a decir que defraude, pero sí sorprende a este turista, bastante cateto por cierto, que ha pagado más de cincuenta duros para ver resucitar ante sus ojos el embrujo de la Alhambra, la necrofilia de «El Cordobés» y el temperamento de Lola Flores.

No creo tampoco que sea Moustaki el cantante predilecto de tanto altisonante turista franco-social. Creo que tienen el oído más educado por Luis Mariano que por Moustaki, por Jean Bretonnier que por Guy Beart. Y el reclamo de Moustaki puede atraer más a la «gauche divine» nacional que a sus compatriotas. No es que no haya franceses, pero son franceses con barba, correctos recitadores de «La Balada del Ahorcado», de Villon, y con el suficiente cuento encima como para suponerles intelectua-

les de segunda o de tercera. Los intelectuales franceses de primera, hay que reconocerlo, tampoco veranean en España: pasan sus vacaciones en Oriente Medio, en un ético viaje de inspección.

Para nuestro nivel, para nuestro berzista nivel, pues soy un firme convencido de que todos los españoles somos más deudores de la berza que del «cambert», bien nos está Moustaki, con su moral tan cuidadosamente desgarrada, tan convencionalmente anticonvencional. Serrat va por el mundo cantando que tiene contactos furtivos con «teenagers», o que se acuesta con señoras que luego se van y si te he visto no me acuerdo. Es francamente repulsivo a nivel de «hit parade» español. Pero todo es relativo y Moustaki también tiene un repertorio de canciones

políticas, algunas con la colaboración de Theodorakis. Los organizadores le dijeron que en España era necesario el requisito previo de pasar las canciones por la censura. Moustaki contestó que sus canciones sobre la resistencia griega las cantaba sin censura o no cantaba. Y no cantó.

BAILAR, BAILAR Y BAILAR

Pero la gran aventura nocturna es el baile y, sobre todo, el baile electrosónico que estalla en las catacumbas del «soul», perfectamente acondicionadas para que el estrépito no trascienda al exterior. Nada más penetrar en cualquiera de los templos musicales de la Costa Brava, llámense Maddox o Tiffany's, una vibración imprevista se apodera del esternón del recién llegado. Es difícil sa-

RENTA INMOBILIARIA, SA

SEPTIMA FASE de suscripción
de participaciones.

En el pasado trimestre
se repartieron beneficios
equivalentes al

11,02% anual

RENTA
INMOBILIARIA, S.A.
Le ofrece la
fórmula más segura
y rentable
de inversión

INFORMESE EN:
García de Paredes, 63
MADRID 3.
tel. 2-53-17-22

ENVIENME, SIN COMPROMISO,
MAS INFORMACION

D. _____
Domic. _____
Ciudad _____

Turiso 26 de agosto de 1970.

OBJETIVO SEAT: 500.000 COCHES AL AÑO

La revista «The Financial Times», en su número del 3 de julio pasado, consagra un estudio a las actividades de la empresa española SEAT.

Entresacamos del citado trabajo algunos datos que juzgamos de interés para el lector hispano. Ante todo, cabe destacar el crecimiento registrado en el parque automovilístico español: en 1939, recién terminada la guerra, el número de vehículos se calculaba en torno a la cifra de 40.000. Hoy circulan por las carreteras cuatro millones de vehículos españoles, de los que 2,2 millones son turismos.

La contribución de la SEAT a este incremento es, según «The Financial Times», obvia: hacia mediados de 1970 su producción alcanzaba los 1.200.000 coches fabricados. De los que 600.000 son del modelo 600 y 300.000 del 850. Con sus cifras de producción anual, SEAT se clasifica en décimo lugar entre los fabricantes de automóviles, y es su propósito situarse en el sexto puesto en 1975. Para ello, entre los planes de producción de la empresa, figura la meta de fabricar medio millón de coches al año. Para lo que se prevé una inversión de 16.000 millones de pesetas.

He aquí algunos hitos del avance de SEAT: en 1969 su producción se incrementó en un 33,4 por 100 respecto al año anterior. Aumentó, asimismo,

el índice de ventas en un 43,7 por 100, con un total bruto de 23.166 millones de pesetas.

La Asociación de Periodistas de Economía, reunida en Roma, ha concedido a SEAT el Mercurio de Oro de 1970, galardón que se considera como el Oscar de la economía europea. Y su concesión viene dictada por el reconocimiento del enorme crecimiento experimentado por la empresa en plantas, instalaciones, distribución, control y organización, administración, etcétera. «La empresa —concluye la citada revista— está considerada como una de las mejores organizaciones de Europa en atención al capital».

Las factorías de SEAT, emplazadas cerca del puerto de Barcelona, cubren un área a 1,2 millones de metros cuadrados. Y su tupida red de servicios, accesorios, repuestos y atenciones, no dejan prácticamente desamparado un solo sector del territorio nacional. Para ello cuenta con un personal que rebasa los 20.000 empleados.

«La contribución de SEAT al desarrollo español —afirma «The Financial Times»— rebasa cuanto la elocuencia de las cifras pueda sugerir. Como primer productor de coches en España, ha ayudado a la construcción de un sinnúmero de factorías de accesorios, fenómeno que, a su vez, ha contribuido a la erección de nuevas plantas de producción de vehículos».

ber por qué conductos el sonido se ha metido en el pecho, como si se tratara de una bronquitis contagiosa. No tarda uno en comprender que, aquí, o bailas o mueres. ¿De que se muere uno, si no baila? De soledad, de aburrimiento, de incomunicación. No hay manera de entablar un mediano diálogo con tu acompañante más próximo, ni siquiera en las breves ráfagas de música «relax», porque toda musculatura está en tensión para el próximo «round». Y, sin embargo, no escasean los abstencionistas que agonizan por las esquinas, generalmente, entre dos velas, perfumados por un litro de «gin tonic». Hay toda una filosofía del no bailar que la «gauche divine» ha sublimado en dos claves semánticas:

Los que aún bailan,
los que ya no bailan.

La legislatura «snob» empieza a condenar el baile como horteril y es difícil sorprender a los cardenales «snobs» contorsionados por la danza. Pero es posible que la rigidez moral de nuestros «snobs» no haya trascendido más allá de los Pirineos, porque los extranjeros bailan como locos, y, una de dos, o son unos horteras, o no se han enterado a fondo de la legislación estética que se lleva. Un holandés de ciento veinte kilos agita su carnosidad como un poseído. Baila con los ojos semicerrados, con los brazos abandonados y un inmenso trasero impulsor que desplaza a otros bailarines y, al mismo tiempo, impulsa a su propietario hacia el peligroso borde de la tarima. Las muchachas, con o sin flor, con maxi o con mini, se entregan a la danza con auténtico rigor expresivo. Dos, tres, cuatro, cinco horas de baile no logran desarticularlas, pese a que todas las juntas del cuerpo se ponen a prueba y las bofetadas de la luz han intentado rematar los cuerpos sobre las peanas.

Pero no hay nada que hacer. El hombre muestra una inmensa capacidad de adaptación al medio, y si el «soul» no ha conseguido exterminarle, veo difícil que lo consiga la bomba atómica. A mí, estos bailes me ponen muy triste, porque siempre los interpreto como la última voluntad del naufrago; bailar, bailar en la penumbra. Pero los que bailan dicen que nada de eso, que se pasa bomba y nada más.

Tampoco es posible encontrar en estas catacumbas la pista que conduce a Sodoma y Gomorra. Los extranjeros suelen presentarse familia en pleno, con la sola excepción de los ancianos y los niños menores de cuatro años. Las jovencitas de estas familias bárbaras (en el sentido histórico-latino del término) tienen una

SODOMA, GOMORRA ETC ETC

cierta libertad de movimientos. Los padres consienten que se pierda por los rincones, siempre y cuando regrese a la mesa familiar a las tres de la madrugada. Esta es una hora tope a nivel europeo, de la que aún estamos muy lejos. Pero, como recientemente nos recordaba Eduardo G. Rico desde las páginas de TRIUNFO, ya en el siglo XVII se sabía que íbamos con dos siglos de retraso con respecto a las naciones más adelantadas de Europa.

Pienso que bailar de esta manera arregla un montón de cosas: la tensión erótica, sin que llegue la sangre al río; el narcisismo exhibicionista que todos necesitamos para sobrevivir; la alteración sanguíneo-muscular, que otros insensatos se procuran a través de aburridos deportes. Estoy por decir que esta forma de bailar es, después de la natación y la política, la actividad humana más completa.

EL MITO DE LAS ISLAS

Cuando la noche empieza a ser traicionada por una claridad que crece desde el Este (y que nadie lea aquí segundas intenciones, a la manera de los poemas de Blas de Otero), las puertas de las «boites» sueltan a los últimos bailarines con una lentitud de sueño. Hay parejas que salen, o ya han salido, de estas catacumbas con ostensibles urgencias que han tratado de eliminar sobre las playas, en los coches, en los pinares, en los apartamentos, en la tienda de campaña. Es cierto que, sobre todo, la alternancia sol-noche, la perpetua sensación de extranjería, la perpetua sensación de isleños, ha creado una lexia moral de vacaciones que permite hacer cosas en otro lugar y tiempo incomprensibles.

Alguna vez se estudiará a fondo la nostalgia del hombre por las islas y se comprenderá, quizá entonces, parte del comportamiento de esta humanidad veraniega trashumante. Desde las islas, el sol es más sol, podría decir un «slogan» turístico, y el heliotropismo explica estas migraciones de verano, subconscientemente religiosas, en busca del olvido, la libertad... la gran placenta cósmica.

Por eso creo que de Sodoma y Gomorra, nada de nada. Que, en el fondo, toda la Costa Brava y todos los litorales donde Europa se moja el trasero, baila por la noche y ama, en el sentido más francés de la palabra, son, en realidad largos hospitales para seres enloquecidos, cómo no, por el ruido y la furia de una determinada civilización industrial. ■
M. VAZQUEZ MONTALBAN.